para enseñarnos á volver los ojos en el tiempo de nuestra mayor tribulacion al que es fuente de toda misericordia: gracias os doy, Señor, por la prontísima obediencia con que os habeis sometido á una prueba tan dolorosa, y por los inmensos beneficios que de ella me resultan: alcanzádmelos, Jesus desamparado, por vuestro amor, y por el dolor que vuestra Santísima Madre sufrió, sola, al contemplaros desamparado del Padre y tristemente abandonado de vuestros Apóstoles y discípulos; para que, acompañado yo en mi vida, y especialmente á la hora de mi muerte, por Jesus y María Santísima, tenga la dicha de espirar repitiendo su nombre, y disfrutar despues en su compañía las inefables promesas de la gloria. Así sea.

QUINTA PALABRA.

Sitio.
Sed tengo.
(San Juan, 19, 28.)

I.

Ha visto mi corazon iluminado por la fe, con los ojos de la contemplacion, un ser estraordinario que, olvidándose de sí mismo, de los tormentos que sufre, y de los verdugos que se los hacen padecer, ha pedido magnánimo perdon para todos sus enemigos: han escuchado mis oidos el diálogo mas afectuoso de la amistad mas sincera en que un salteador famoso, sorprendiendo al Nazareno en el camino de su agonía, le ha robado con un acto de contricion todos los goces del paraiso; el hijo mejor entre todos los hijos, cuando nosotros menos lo merecíamos, se ha

desprendido de su propia madre, la mejor entre todas las madres, para dársela en inestimable donativo á los desnaturalizados hermanos que buscan, por cuantos medios están al alcance humano, hacer mas espantosa su muerte, y le he dicho á mi corazon: sufre y espera. El alma mia como que ha querido abandonar la cárcel de su cuerpo pecador, para no abandonar al alma inocente de Jesus en los momentos de su mayor abatimiento, en el desamparo de su Padre celestial, y he dicho á mi alma: detente, todavía falta mas. Pero como que me abandonan ya las potencias y sentidos, y ni corazon ni alma tengo con resistencia suficiente para ver morir á un hombre de sed.

¿Y qué es la sed? La sed es el deseo de beber; es una sensacion de sequedad y de calor que, esperimentándose en la parte posterior de la boca, se comunica á las regiones mas principales de la vida material; impresion dolorosa producida por las fatigas del cansancio, por el esceso de la traspiracion, por la demasía en el hablar, por la pérdida de la sangre, y por la absoluta carencia de

agua, tan esencial para vivir, como el pan con que comemos y el aire con que respiramos. Los fenómenos que acompañan á este deseo, vehemente tanto mas, cuanto nos es mas imposible satisfacerle, son enrojecerse los ojos, inflamarse las fauces, secarse la lengua y pegarse al paladar, dificultarse la respiracion, entorpecerse el uso de la palabra, y se exalta el sistema nervioso, el cerebro se irregulariza, se desordenan las facultades intelectuales, se acelera la circulacion de la sangre, la piel aridece, y la fiebre se desarrolla... ¡Oh! Es imposible imaginar angustias mas horribles que las de un hombre atormentado por la sed. Tales son las causas que la promueven y los síntomas que la caracterizan; y sus efectos, los efectos de la sed, son caer el sediento debilitado y sin fuerzas despues de torcedoras agitaciones, y sucumbir á la muerte, pero á una muerte rabiosa y desesperada.

Fijemos nuestras miradas en Jesucristo. Si busco la realidad de esta pintura fisiológica de la sed, la encuentro mas espresiva y mas noble en el Redentor de los hombres.

Sus ojos enrojecen, se estremecen sus miembros, el derramamiento de su sangre se apresura, la inquietud de sus miradas esplica el instantáneo trastorno de las ideas, necesita hablar y no puede, porque su lengua está seca y pegada al paladar; necesita moverse, y tampoco puede, porque taladrados están sus pies y sus manos con los clavos de nuestras culpas: necesita agua para refrigerar su cansada y calenturienta humanidad, y no hay entre cuantos le rodean uno que pueda comprender lo que le atormenta este martirio... pero esperemos... Un soplo del húmedo viento ha refrescado su lengua y suavizado su paladar... ¡Al cabo el viento es mas caritativo que los hombres! Jesus Nazareno ha conseguido exhalar un suspiro; sus labios se conmueven, y de ellos se desliza una palabra mas breve que ninguna, porque la vida va disminuyendo; mas significativa que todas, porque su amor y los deseos de nuestro amor se van aumentando; y ¡oh compasion! el que pronunció las cuatro precedentes para dar, pronuncia ahora la quinta para pedir. *Sitio!* dice: «tengo sed, me abraso de

sed, me muero de sed.» Y, efectivamente, ¿quién mas cansado que el impecable Adan por los trabajos de su peregrinacion entre nosotros? ¿Quién mas fatigado que el obediente Isaac, cuando, arrastrado por las calles y plazas de Jerusalen, abrumado por la carga insoportable de nuestras iniquidades, subió estenuado y sin fuerzas por la pendiente del Calvario con la leña donde ahora consuma su sacrificio? ¿Qué poros traspiraron con mas abundancia que los santísimos poros de Jesus, con cuyo flúido divino quedaron fértiles, y fecundas, y benditas para siempre las entrañas del Huerto de las Olivas? ¿Qué artérias ni qué venas se han franqueado con mas generosidad, ni han perdido mas sangre y en menos tiempo que las venas y las artérias de Jesus, de donde llueve á torrentes la gracia, la salvacion y la felicidad? ¿Quién mas debilitado y decaido que ese pobrecito Ismael, sin madre que le acompañe, sin ángel que le conforte, que se consume de sed en el páramo de sus agonías y que fallece sin agua en el desierto de sus amarguras? ¿Quién en menos palabras

ha dicho mas que el Salvador de los hombres; *Sitio:* tengo sed, me abraso de sed, quiero una gota de agua?

II.

«Tengo sed.» Es verdad, cristiano lector; Jesucristo, la misma razon natural lo dicta, tiene muchísima sed: no hay trabajo, no hay tribulacion, no hay dolor de que no haya sido víctima, ni pérdida que no haya sentido su corazon. El sentido literal de esta palabra es una verdad inconcusa, una verdad innegable, una verdad que al mismo tiempo desgarra nuestras almas de desconsuelo. *Ut adimpleretur Scriptura, dixit: Sitio.* Para que se cumpliese lo escrito, dijo Jesus: «Tengo sed.» ¡Admirable observacion la que el Evangelista hace para enseñarnos hasta qué grado de perfeccion llevó el Salvador la obra que el Eterno Padre le habia encomendado! Es el término, la realizacion y el complemento de todos los vaticinios, como es el cumplimiento de todos los deseos y la satisfaccion de todas las esperanzas.

David en el salmo 21 se constituye historiador de los dolores de Jesucristo, y allí profetiza que sus enemigos le darán á beber hiel y vinagre: nada, sin embargo, se dice de la sed de Jesus, nada de si debia beberla por fuerza ó por necesidad, nada de si habia de verse libre ó padecer este inesperado tormento, si no el mayor, acaso uno de los mayores padecimientos de la criatura. «Jesus crucificado, dice el P. Ventura, olvidado del presente, solo se ocupa de la profecía hecha en el pasado y de los misterios que tienen por objeto la salvacion de todos los hombres; y con una gran serenidad de espíritu hace comparecer delante de sí todos los siglos, recorre la Escritura, lee en ella cuanto tiene relacion con su sacrificio, y procura cumplir cuanto en ella está figurado y anunciado.»

Jesus, que padece de una manera que no puede sentirse, ni comprenderse, ni esplicarse bastante, todos los tormentos con que pueden ser expiadas y castigadas las pasiones que nos devoran, tiene sed; una sed positiva, implacable y ardiente que la chusma

judáica quiere templar con hiel y vinagre; aquella sed es el castigo de nuestras incontinencias, destemplanzas, glotonerías y embriagueces; y la amarguísima cicuta aplicada á sus inocentes labios, es el símbolo de la abstinencia, del ayuno, de la mortificacion con que hemos de reducir nuestra carne á servidumbre. *Ut adimpleretur Scriptura, dixit: Sitio.* Para que se cumpliesen las Escrituras, dijo: «Tengo sed.» Si penetramos con la contemplacion, apoyados en la humildad é iluminados por la fe, en el sentido místico de esta palabra, ¡cuánto mas atormentado encontraremos á Jesucristo, y cuántos mayores frutos debemos esperar y recoger nosotros de los martirios á que sucumbe por nuestro amor. *Sitio!* Tengo sed, sabedlo, enemigos mios, tengo sed, y la siento; y la tengo y la manifiesto, para que quede cumplido cuanto se ha escrito de mí. No es solo una sed corporal que me abrasa la que ahora padezco, no; no es una sed esterna de beber, es un ansia interna de realizar lo decretado por mi Padre, y lo suspirado de mi corazon. *Sitio.* Tengo sed, pero sed triplicada, que es-

plica perfectamente las tres virtudes escelentísimas que caracterizan al Redentor en la Cruz: la obediencia, la paciencia y el amor inestinguible á las criaturas.

Meus cibus est ut faciam voluntatem ejus qui misit me. Mi comida, mi bebida, mi todo, es que quede perfectamente cumplida la voluntad del que me envió. ¿Y quién os envia, Jesus de mi corazon? ¿Y á qué sois enviado? ¿Por causa de quién descendeis desde los cielos hasta la tierra? Os envia el Eterno Padre, supremo Juez, soberanamente ofendido, que pudiendo y debiendo esterminar con el fuego de sus rigores al linaje humano, como en otro tiempo á las ciudades nefandas, quiere, sin embargo, que la justicia recaiga sobre vuestra cabeza y que á torrentes con vuestra sangre baje á nuestro corazon su misericordia. Sois enviado, Unigénito del Padre, es verdad, pero no á hacer ostentacion de la magnificencia y de la gloria de vuestra divinidad; no á unir el firmamento con el mundo, haciendo de la tierra un paraiso celestial; no á gozar de los inefables deleites de las moradas altísimas de Sion, no: sois envia-

do á inclinar á la Divinidad hasta el hombre, para que el hombre se eleve hasta la Divinidad; siendo señor, á vestiros de siervo, para que el esclavo se haga señor; siendo invencible, á ser vencido, y siendo impasible, á tomar todas las condiciones necesarias para padecer, para expiar y para satisfacer dignamente por los pecados ajenos, por los pecados del mundo, por los de todas las generaciones: y descendeis por el hombre. ¡Espléndido, relevante, inaudito testimonio de amor á la hechura de vuestras manos, amor que ni tuvo, ni tiene, ni tendrá semejante, y ante quien enmudecen los cielos, se pasma la tierra, se estremecen los abismos! *Sitio.* Teneis sed de obedecer; y vuestra obediencia, Jesus dulcísimo, como que se anticipa al mandato: el profeta anuncia que os darán á beber hiel y vinagre, y la sed de vuestro espíritu se apresura á pedir el cumplimiento de ese vaticinio, para que, sin faltar un ápice, quede cumplida la voluntad del que os envió.

Bonus pastor animam dat pro ovibus suis: «El buen pastor da su alma por sus ovejas.» Se-

gunda sed, segunda especie de sed que padece Jesucristo. Pastor divino, pastor amante, quiere dar todo cuanto tiene, todo cuanto es, por que no perezca su rebaño. Redentor modelo, no va á romper con el oro, tal vez ajeno, la cadena del cautivo; su contrato es mucho mas sublime, su garantía mucho mas segura: Él da vida por vida, sangre por sangre, alma por alma y amor por amor: se espone, se ofrece á morir, pero á morir, sucumbiendo no solo á todo género de trabajos y penalidades, sino víctima real, hostia santa, inmaculada y purísima, sobre cuyo enamorado corazon imprima todos sus dolores el cuchillo de la mas odiosa ingratitud. *Sitio.* Sí; Jesus tiene una sed de padecer que con nada se templa sino con el mismo padecer; una sed de martirio que con nada se soporta sino con ser martirizado; una sed de muerte que con nada se concluye sino con morir, y muriendo abrasado y sacrificado por nuestro amor.

Hay mas, alma mia: no quiere Jesus, y tampoco lo quiere su Padre, la muerte del pecador, *Sed ut convertatur et vivat*, sino su

conversion y su vida: como si dijéramos, su conversion del mundo al cielo, de las criaturas al Criador, y su vida, no temporal, sino eterna; no la vida de la culpa que le pierde, sino la de la penitencia y la gracia que le ponen en el goce de su salvacion. Por eso grita Jesus: *Sitio,* tengo sed. Tercera sed, la sed mas apremiante y mas difícil de estinguir de todas las demas que ha espresado su corazon. Sed de la salvacion de las almas; sed que le atormenta y devora en todas las épocas de su vida; dígalo si no la Samaritana junto al pozo de Sichem; justifíquelo la Magdalena en casa de Simon, y convénzanos de ello la cadena interminable de testimonios que da Jesus de estar siempre sediento de la salvacion de nuestras almas. Se dice que es la sed mas apremiante y mas difícil de estinguir de cuantas ha sentido su corazon, y es verdad; para dar cumplimiento á los mandatos del Eterno Padre, bastaba solo Jesucristo: para cargar sobre sus hombros toda la malicia de nuestros pecados, para entregarse á sus enemigos cuando llegue la hora del príncipe de las tinieblas, para aceptar

complacido azotes, espinas, bofetadas, insultos, congojas y muerte, bastaba tambien Jesucristo; pero ¡ay! para salvar nuestras almas, ¿de qué servirá el derramamiento de toda su sangre, si nosotros nos oponemos á sus frutos? ¿Qué aprovechará la conducta de Jesus, si nuestra conducta malversa los caudales de la redencion? ¿Cómo refrigeraremos su sed de la salvacion de las almas y alcanzaremos el resultado de sus virtudes, si nosotros precipitamos el alma por el derrumbadero de los antiguos vicios que la encadenan? *Sitio,* dice Jesus al Omnipotente; deseo, Padre mio, que quede cumplida vuestra santísima voluntad. *Sitio,* dice á los verdugos; deseo que cargueis sobre mí todos los tormentos imaginables, porque mi mision es padecer por vuestro amor. *Sitio,* me dice á mí, nos dice á todos; deseo la salvacion de vuestras almas; no desoigais mi voz; escuchad el amoroso silbido del pastor amante que ha venido á salvar todo lo que habia perecido.

III.

¡Sed terrible, pero sed admirable, la del Hijo de las eternas complacencias del Altísimo! Sed violenta de cariño, sensacion que se hace mas dolorosa por no verse correspondido. Sed ternísima, porque es de un Padre; sed regeneradora, porque es de un Criador; sed salvadora, porque es de un Redentor; sed magnánima, porque es de un amigo; sed infinita, porque es la sed de un Hombre-Dios. Y los judíos aplican á sus labios, tan secos ya como la corteza de un sauce, hiel y vinagre, y Jesucristo lo gusta, lo sufre y lo perdona. ¡Caridad increible! ¡Crueldad incomparable! Bebe el vinagre de nuestras impaciencias, gusta la hiel de nuestros resentimientos, y modificándolas en sus entrañas divinas, nos asocia al mérito de su celestial dulzura. Convierte el brebaje amarguísimo de nuestros vicios en el vino esquisito de su preciosa sangre. ¡Crueles son los hijos de la Sinagoga, pero mas todavía son los hijos del Cristianismo, que le dejan morir

atormentado por la sed insaciable que le devora. *Sitio:* Tiene sed de que su nombre sea bendecido, y es blasfemado; de que su Ley se observe, y es abandonada; de que sus Sacramentos se frecuenten, y son conculcados; de que sus templos sean las perlas mas estimables del mundo, y son profanados unos, demolidos otros, y los mas sacrílega é impunemente empobrecidos y robados; de que su sacerdocio sea respetado, obedecido y venerado, y el sacerdocio, Jesus mio, es ridiculizado, perseguido y sacrificado. *Sitio:* Tiene sed de que se socorra al pobre, de que se ampare al desvalido, de que se visite al enfermo y al encarcelado, de que se consuele al afligido, de que se olvide la injuria, de que se ame al ofensor, de que se imiten sus ejemplos, de que se practiquen sus virtudes: tiene sed, pero sed abrasadora que solo Jesus pudo sentir, que Jesus solo pudo soportar; sed de que ninguno perezca, de que ninguno se condene, de que todos se salven. *Sitio!* Tiene sed.

Y nosotros ¡desgraciados! cogemos en nuestra mano la caña de la tentacion y la

esponja de la ocasion, y empapándola en la hiel y vinagre de la culpa una y mil veces cometida, la aplicamos á los labios de nuestro Salvador y Maestro, y Jesucristo lo gusta, lo sufre y lo perdona. ¡Ay! ¡Basta de ingratitud! ¡No mas crueldad! Aquella sed sea nuestra misma sed; por lo mismo que Jesus muere de sed de amor por nosotros, apresurémonos á morir de sed de amor á Jesus. Una gota de agua quiere, démosle una lágrima de arrepentimiento: una gota de agua desea, démosle un suspiro de contricion; hagamos á sus pies una sincera confesion de nuestros estravíos, y digámosle de lo íntimo de nuestro corazon: *Sitio!* Tenemos sed, Jesus amabilísimo, de perseverar en vuestra santísima gracia para saciar esa sed que vos teneis de recompensarnos con vuestra inefable gloria. Y yo, ¿lo hago así? ¿lo deseo así? ¿Están conformes mis obras con mis palabras? ¿Abrasa mi corazon esa sed vehementísima de amar á Dios, de no hacer mas que aquello que sea de su beneplácito, y de tal manera colocar mi espíritu en el camino del bien, que nunca tenga la desgracia de aumentar

el número de los que hacen mas aflictiva la sed de Jesus? ¡Ah! Sospecho que no es así: esa rebeldía, y muchas veces, casi siempre, ese triunfo de mis pasiones, está muy lejos de parecerse á la sed de obediencia que mortifica á Jesucristo: ese quejarme de Dios, ese murmurar, ó maldecir, ó blasfemar de la Providencia cuando me hace sentir la pesada mano de la amargura y del infortunio, no es lo propio para imitar al Redentor devorado de una sed inestinguible de padecer mas todavía por mi amor: ese frio cumplimiento, ese acaso ningun cumplimiento de los deberes que tengo para con mi Criador, de la obligacion que tengo para con mis semejantes y conmigo mismo; ese abandonar la oracion, ese retraerme de la participacion de los Sacramentos, esa profanacion del templo y de las cosas sagradas, esa indiferencia, en una palabra, religiosa, es completamente el reverso, es la antítesis de la sed que atormenta al Hijo desconsolado de María por la salvacion de mi alma. Basta, Jesus de mi vida, basta; ni vos habeis podido hacer mas por mi bien, ni yo debo proseguir en tan pe-